

HISPANIA





EL HOMBRE SÍMBOLO

Entre las categorías de grandes hombres, hay la del hombre-símbolo, más brillante y deslumbradora que todas las demás. No es que sea posible separar radicalmente unas categorías de otras: el hombre-símbolo es también propulsor y el propulsor no lo es de una manera tan absoluta que no deje de simbolizar fuerzas propulsoras que actúan bajo su sombra. Pero únicamente los grandes genios reúnen á la vez en grado eminentemente ambos caracteres.

Robert es el símbolo de una acción social y política que ha removido hasta las entrañas á la actual sociedad catalana. Esfuerzos, sacrificios, victorias y esperanzas en él se resumen, á él refluyen, en sus esfuerzos, en sus sacrificios, en sus victorias encarnan.

Robert representa todo un momento de la vida catalana, resume el ideal y el sentimiento de nuestra tierra en uno de los instantes mas decisivos de su historia: el de colocar la primera piedra de nuestra restauración política.

Con su gloria personal se funde la gloriosa aureola del potente movimiento político-social al cual su nombre quedará indeleblemente unido.

Enrique Prat de la Riba

El Dr. Robert en la política

No han pasado cuatro años todavía desde que vi á Robert comenzar en realidad su carrera política y toda ella parece ya dilatada y distante, y se presenta, aun para mí que le acompañé en su campaña, con algo de la nebulosa grandiosidad que adquieren los hechos trascendentales de la historia.

Era en los momentos mismos de la deshecha nacional. Desvanecíase el pasado como una falsa leyenda, mostraba el presente en toda su crudeza el desorden, la desmoralización, la nulidad del Estado, y cerrábase el horizonte con oscuras nubes. La escuadra de Watson anunciaiba su salida para Barcelona y comenzaba la zozobra de la gran ciudad indefensa. ¿Qué iba á suceder aquí? ¿No serían seguramente más terribles que el bombardeo los desordenes intestinos de una sociedad regida por autoridades sin prestigio? En los círculos, en las sociedades, se hablaba de que era preciso oponer nuevas fuerzas al desorden y nuevos prestigios en que fundar una reorganización social.

De estas discusiones en el Ateneo nació la idea de juntar á los presidentes de las sociedades económicas para intentar una acción sobre la marcha del Estado. Parecieron el presidente más indicado para hacer la convocatoria, el del Fomento, que lo era entonces Sallarés. De una conferencia con él tenida salió la convocatoria, de ella las representaciones de las sociedades á los gobernantes pidiendo que cesara la representación de aquella trágica y teatral resistencia en que cada escena era un desastre y una vergüenza, de la misma conferencia salió el plan de indicar á los altos poderes del Estado una nueva marcha política en que pudiesen hallar aplicación la inteligencia de personalidades no gastadas por el fracaso y de pueblos que por multiples causas estaban apartados de la gestión del Estado.

Sallarés desde el primer momento se inclinó á las soluciones regionalistas y fuimos á la primera reunión formal de los presidentes con esta idea. Esperábamos

y temíamos la opinión de Robert, presidente que había de ser de nuestro consejo por serlo entonces de la Económica de Amigos del País, la sociedad más antigua de las convocadas, y que especialmente, por sus extensas relaciones y personales prestigios, venía á representar entre nosotros la verdadera opinión de las clases conservadoras de Barcelona. Desde el primer momento la actitud de Robert fué decisiva: todo buen ciudadano debía acudir al lugar que se le señalare en la reorganización del País, era menester levantar y alentar las energías locales, las energías de las razas regionales más aptas para restaurar el Estado, era menester acudir á la Reina reclamando medidas que á ello condujeran. El éxito de la representación nos pareció ya seguro. Los demás presidentes siguieron: el Marqués de Camps, del Instituto agrícola, con algún reparo, Sebastián Torres, de los Gremios, resueltamente.

No había posibilidad de hacer entrar al gran público de repente en un programa regionalista completo: yo mismo, que lo defendía, que había extendido el primer plan con su exposición de causas, lo comprendía así. Era menester reducir el programa de momento á cuatro ó cinco principios elementales que constituyeren un organismo funcional, de vida propia administrativa para las regiones; tras de ellos vendría luego por



Alrededores de la casa mortuoria

si misma la acción política, y así se transigió y se convinieron los principios fundamentales, se convino también en la exposición de sucesos y puntos de vista en que debían apoyarse las conclusiones y Robert quedó encargado de la redacción del documento que había de llevarse á la Reina.

En la redacción de este documento mostró Robert para la política la asombrosa fuerza de asimilación y de exposición de ideas que todo el mundo le reconoce. Desgraciadamente aquel primer tanteo hubo de abreviarse por un lado para pasar rápidamente por ciertas ideas, diluirlo por otro para hacer viables ideas que en seco no habrían aceptado todas las sociedades,

con frase entrecortada de los días terribles que acaban de pasar... Todo hace presumir que van á venir nuevos días, tristes pero de orden y de fructuoso trabajo. Breve ilusión.

De momento pareció que iba á emprenderse una vía de restauraciones sociales. El cambio de gobierno, el llamamiento al poder de personalidades de representación en el país, especialmente en Cataluña, mantuvieron la expectación. ¿Era aquello un medio momentáneo de que se apaciguara la indignación general para seguir luego como antes, ó era que realmente se iba á la enmienda de vicios y errores? En estos momentos de expectación sonó el nombre de Robert para la

Alcaldía de Barcelona. El prestigio era grande para el público pero para él no era menor el sacrificio de su tranquilidad, de su posición, de sus intereses.

Robert fué á la Alcaldía. Todos sabemos sus esfuerzos para encauzar y moralizar la administración municipal, las rémoras, los tropiezos que se le pusieron y como terminó todo con la campaña de los gremios y su honrosa dimisión.

Al poco tiempo, retenido yo en Madrid por deberes de mi cargo, recibí una comunicación del Ateneo Barcelonés, de que entonces era presidente, para que me juntara á los demás presidentes de las sociedades

económicas de Barcelona. Iban á intermediar entre la resistencia de los gremios y el jefe y los gobernantes del Estado. En la estación nos reunimos, allí estábamos los mismos de la embajada anterior, excepto Sallarés á quien había sustituido Rusiñol. No hay nada que hacer, hube de decirles. Estoy aquí hace semanas, en todas partes hallo una atmósfera hostil contra las aspiraciones de Cataluña. Se han valido de manifestaciones hechas allá para crear aquí un estado de odio general. No harán, es más, no pueden ya hacer nada. Conocido el medio, el sistema ha sido seguro.

No obstante obramos como si tuviésemos fe completa en el éxito. Robert llevó la palabra ante la Reina, ante el jefe del gobierno y los ministros. Estuvo comedido como siempre, pero las acusaciones contra la administración las hizo con digna energía. En eso le dieron la razón pero en los remedios propuestos ya



Paso de la comitiva al pie del monumento á Colón

suavizar conceptos... en fin estropearlo para uso del público. La ductilidad de Robert se prestó á ello y se llegó á un acuerdo, pero el documento publicado no vale de mucho el original.

Tengo presente como si la vieras en este momento la audiencia de la Reina. En mitad de la Saleta de recibo, con muebles familiares, con libros y cuadernos por encima de mesillas y repisas, como si hubiésemos ido á interrumpir una escena íntima, habla Robert, de pie; sobre su traje negro no luce ni una condecoración ni una insignia; grave, conmovido, razona con sentido acento, con voz velada expone las causas del desastre, la necesidad de acudir por nuevos caminos á la salvación del Estado, pone á la disposición de la soberana las fuerzas vivas que Cataluña ofrece... La Reina, vestida de luto riguroso, oye de pie, al parecer conmovida también; contesta en términos breves, habla

no hubo contestación terminante. Había que restablecer el principio de autoridad: que los gremios depongan su actitud, nos decían, y podremos hacer las reformas prometidas. Resolvimos hacer omisión de las promesas, aconsejar á los gremios que abandonaran una actitud que ya no podía tener otra salida que la revolución ó la sumisión violenta y por nuestra parte reclamar el cumplimiento de lo ofrecido. Y vueltas las cosas á la normalidad, lo reclamamos. La contestación vino tardía, muy tardía y con promesas muy vagas. No juzgamos ni siquiera necesario darlas al público y contestamos ofreciéndonos para el día de las obras, que no ha venido.

La candidatura de Robert y de los demás presidentes para la diputación á Cortes sacó al pueblo de Barcelona de sus casas para llevarlo á las elecciones, á que no había concurrido en realidad desde los principios de la Revolución de Septiembre. Todos nos figurábamos que el esfuerzo para romper las mallas en que se tenía presa la voluntad de los ciudadanos, sería de momento inútil, que la elección no sería más que un ensayo para otro día. El éxito nos sorprendió á todos: á mí especialmente me cojío desprevenido. El nombre de Robert, su fama intachable, sus agradecidos, sus partidarios personales fueron gran parte de este éxito. Honroso, sí, para todos, pero para Robert especialmente muy costoso. Entonces comenzó la campaña: los disgustos, las exigencias, los sacrificios desconocidos, la maledicencia que no ha terminado para él hasta que estuvo cerrada su tumba: el eco de la calumnia sonaba todavía por las calles al paso de su cadáver. El que había sido siempre respetado por todos, propios y extraños, el sabio de alto pensamiento y elocuente palabra, el altruista, el hombre de corazón generoso, de honradez y desprendimiento imponentes era en su propia ciudad puesto á discusión indigna. Las calumnias sobre asuntos de honra le herían vivamente. Un día quería llevar una de estas cuestiones hasta el terreno de la fuerza. Fácilmente le disuadimos. Corazón generoso, ni siquiera sabía recibir mal al otro día á los mismos que le calumniaran.

En cambio su campaña en las Cortes le colmó de

satisfacción y con razón podía estar orgulloso de ella. Él mismo lo decía: si no hubiese sido por sus deberes profesionales y de familia se sentía allí muy bien física y moralmente; si no fué querido, fué muy pronto respetado y admirado. Había que ver el cambio que se operó en el seno mismo del Congreso el día de su primer discurso. Aquel hombre sobre el que se habían amontonado necios cuentos y opiniones, el de los cráneos mal formados de que estaban allí tan ofendidos (cosa que en realidad no había dicho jamás) se levantaba en medio de la hostilidad de la Cámara, de las tribunas, de todo Madrid. Su simpática figura, su nobleza, la deferencia extremada para todo y para todos,



En el Cementerio

el cuidado, los circunloquios con que trataba siempre de evitar la ofensa al contrario, la fe y convicción con que defendía sus principios, causaron una sorpresa grata. El ogro de la leyenda de la prensa resultaba ser un gigante bondadoso.

En los primeros momentos las miradas se dirigían á él bajo rudo ceño, se oían murmullos desagradables. Junto á las gradas se agrupaban los políticos viejos, gruñendo, renegando de Cataluña y de los catalanes; algunos de estos, entre ellos un viejo diputado de las Constituyentes, hoy catalanista acérreo, les contestaban vivamente. Nosotros temíamos, yo especialmente, temía uno de aquellos momentos en que sin saber porque, Robert, tan elocuente, se quedaba alguna vez á la mitad de un raciocinio. «No tema V., me decía, esto que ha visto V. que me ha sucedido en algún meeting es un efecto puramente físico; yo no pierdo nunca la



serenidad en una discusión como no me dé un vahido y hoy me siento bien» ¡El gran médico no se dió cuenta jamás de que uno de estos vahidos le llevara á la muerte!

Y efectivamente, la odiosidad se iba desvaneciendo á medida que hablaba, cambiábase en simpatía, y parecía que todos deseaban ser amigos de aquel hombre. Era realmente este un don de Dios de que él hacía ofrenda á la patria. Recuerdo que en un momento en que la mayoría se creyó obligada á protestar por fórmula de un concepto patriótico del Dr. Robert, salió de mi lado, del grupo hasta hacia poco furioso de los ex-diputados, una imprecación á los turiferarios del Gobierno: «Ese tiene más talento que todos vosotros juntos» Y los demás asintieron. Así era Robert en el Congreso.

Yo me quedé sorprendido. Jamás podíamos soñar efecto semejante. Hubiese ido allá un gran orador formado en las luchas parlamentarias, hubiese llevado un profundo y concienzudo estudio de nuestras doctrinas, hubiese sido un convencido de siempre, y no habría logrado tales resultados. Por el contrario era de temer de aquella discusión un conflicto y una rotura irremediables. Hoy pueden ir á aquellos bancos en que nos sentábamos, los combatientes jóvenes y de gran talento que tiene Cataluña; yo estoy seguro que aun que no logren nada positivo se les oirá desde el primer momento con deferencia. Las opiniones de Cataluña pueden ya resonar libremente en aquella sala, sin que se caigan por si mismos sobre el osado que las haga resonar, techos, paredes y galerías, como amenazaban en un principio. Y entiéndanlo cuando vayan allí; esto lo deberán al doctor Robert.

* * *

Tanto como gustaba Robert de la deferencia y consideración general que se había ganado, le descontentaba las manifestaciones ruidosas. Pasaba verdaderos trabajos para escapar á ellas. El día del regreso, después de la discusión sobre el catalanismo, la multitud ejerció sobre él y sobre nosotros un verdadero acto de violencia. Nos encontramos llevados y metidos en un *landeau*. Hicimos tomar al cochero por un arroyo del Paseo de la Aduana para de allí dirigirnos hacia las calles interiores y la multitud rompió la fusta del cochero y se apoderó de las riendas, forzando al coche á pasar por los paseos centrales. Y emprendimos por el centro del Paseo Colón y de las Ramblas. Solo un momento vi á Robert de buen humor durante su forzada marcha triunfal; las pobres floristas de la Rambla, al ver pasar por junto á sus paradas el coche, cogieron brazadas de las flores que tenían por encima de las mesas y llenaron el *landeau* materialmente de ellas: la capota, los asientos, el pescante, quedaron cubiertos de alegres colores.

Este episodio me lo ha recordado otro del día del entierro, para todo el mundo desapercibido y para los pocos que lo vieron sin sentido. Bajaba tristemente el féretro en medio de la lluvia y de la desolación general por aquella Rambla por la que hacía unos meses subían á Robert en triunfo en un día brillante de sol y de entusiasmo. Frente á Belén, al embocar la Rambla central, sombra y sin flores aquel día, de debajo de una de las enlutadas farolas avanzó un grupo de muchachas floristas y una de entre ellas echó sobre el ataúd una brazada de lilas; era en recuerdo sin duda del día triunfal. Las pobres flores resbalaron sobre la madera pulimentada del féretro, se detuvieron un instante sobre las gasas, cayeron en el fango y la muchedumbre del séquito pasó inadvertida sobre de ellas.

LUIS DOMÉNECH



Bastón de mando que usó el Doctor Robert siendo Alcalde de Barcelona y que le fué regalado por el Exmo. Ayuntamiento, vecinos y colonia veraniega de Camprodón.

Los albores del catalanismo del Dr. Robert

CORRERÍA el mes de Septiembre de 1898 cuando tuve el gusto de visitar, en su lindo retiro de Camprodón, á quien ha sido después famoso campeón de la causa Catalana y alto ejemplo de virtudes cívicas, que la despiadada muerte nos acaba de arrebatar. Allí, en aquel retiro, tuvo la bondad de invitarme un día á almorcázar, y recuerdo perfectamente que, tomando el café en la deliciosa galería de su casa con dos ó tres amigos más, hablóse de política.

Se habían perdido las últimas colonias españolas del modo que todos desgraciadamente sabemos; habían discutido nuestras cámaras, no de modo menos desdichado, la gravísima responsabilidad de los autores del desastre, sin tomar acuerdo alguno que sirviese de escarmiento, y, naturalmente, así los comentarios de lo ocurrido como los pronósticos que podían aventurarse para el porvenir de España, habían de ser tristísimos. Aun los menos pesimistas, entre los cuales figuraba un diputado provincial afiliado al partido gobernante, mostrábanse desesperanzados de un porvenir consolador. Nadie creía ya en la regeneración de la política española; nadie sabía vislumbrar siquiera, entre los que más figuran en ella, un hombre que fuera por si solo capaz de contener, en un momento dado, el derrumbamiento que nos amenazaba y que sigue amenazándonos. Los últimos gobiernos no habían hecho más que continuar la historia secular de la España propiamente dicha, guerrear para perder la hacienda de sus mayores. Los desprendimientos de soberanía de lo aportado en matrimonio por Fernando de Aragón y los más recientes de lo conquistado así en Europa como en América, maldita la enseñanza que habían dejado á los reyes y ministros de Castilla. La impericia y el orgullo de raza, causantes de ello, se perpetuaban indefinidamente y se perpetuarían hasta la consumación de los siglos como un vicio atávico ya imposible de corregir. Lo que aquellos hicieran, seguirán haciéndolo sus sucesores eternamente, y las víctimas propiciatorias de su vicioso sistema serán principalmente las pocas regiones de España que no viven del maná del Estado, sino del trabajo propio; Cataluña la primera, por la escasísima intervención que ha tenido siempre en el gobierno y por ser la que más suelen mirar de reojo los irreconciliables nietos del Conde Duque. La dependencia absoluta de unos gobiernos tan insensatos é incorregibles y tan atrasados en el camino de la civilización moderna, nos ahoga, cohíbe nuestras legítimas aspiraciones de europeización, ataja, hasta si se quiere inconscientemente, el desarrollo de nuestra industria y de nues-

tro comercio, que sería portentoso, y constituye para la riqueza creada una perenne amenaza de muerte contra la cual hemos de vivir apercibidos. ¿Cómo evitar, pues, aquél daño y esta amenaza? hubo de preguntar alguno de los concurso.

—Pues, reaccionando—contestó, inmediatamente y con voz firme, el Doctor Robert.—Acordándonos de que, un día, Cataluña por si sola, ó cuando más confederada con sus vecinos, llegó á hacerse dueña del Mediterráneo. Aunando todos nuestros esfuerzos para reconquistar la autonomía perdida. Sacudiendo cada uno la apatía política en que hemos venido viviendo los que como yo nos hemos consagrado solo al ejercicio de nuestra profesión privada.

—¡Doctor, doctor!—exclamó, entonces, uno de sus colegas á quien, por desgracia, han debido llorar ya también no pocos enfermos—Usted se nos vuelve catalanista; tiene la palabra el amigo Oller.

—Catalanista, catalanista, sí, lo que usted acabará también por ser—recalcó enseguida el Doctor Robert, acentuando la energía de su convicción con voz briosa y mirada rutilante.—Está ya resuelto: me voy con los señores—añadió, mirándome á mí.—Me he convencido de que solo ustedes ven clara la solución de ese espantoso problema; de que son los únicos patriotas verdaderos; de que nadie más que ustedes ha dado en la clave de la salvación de Cataluña y hasta diría de España entera si supieran las demás regiones reaccionar también contra el uniformismo y la pereza que las tiene abatidas.—

Y como á estas palabras sucediera aquel silencio respetuoso que suelen imponer las grandes verdades expresadas con convicción sincera, interrumpió él mismo para añadir aún:

—El entusiasmo, la fe de los catalanistas, son signo de nueva salud. ¿No nos amenaza la muerte? Pues á combatirla; hay que huir de ella.—

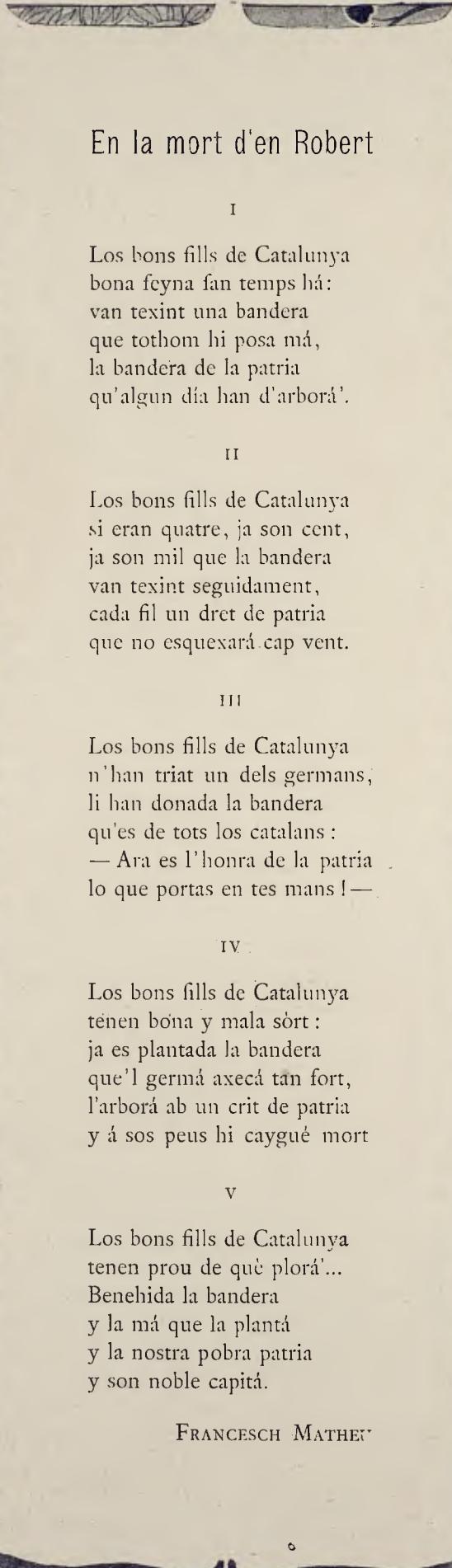
¡Cómo me acordé de esto al leer en Enero último el hermoso artículo de mi exímio amigo Maragall, *El sentimiento Catalanista*, en la revista *La Lectura*!

«He aquí pues—dice al resumir—lo que significa el movimiento catalanista: un amor y una busca de la vida; un horror y un huir de la muerte.»

¡Qué coincidencia casi en la materialidad de las palabras! ¿Pero es acaso extraño que vean el sol del mismo modo cuantos gocen de una visión perfecta y no sean de los que no quieren ver?

NARCISO OLLER

30 de Abril 1902



En la mort d'en Robert

I

Los bons fills de Catalunya
bona feyna fan temps há:
van texint una bandera
que tothom hi posa má,
la bandera de la patria
qu' algun dia han d'arborá'.

II

Los bons fills de Catalunya
si eran quatre, ja son cent,
ja son mil que la bandera
van texint seguidament,
cada fil un dret de patria
que no esquexará cap vent.

III

Los bons fills de Catalunya
n'han triat un dels germans,
li han donada la bandera
qu'es de tots los catalans:
— Ara es l'honra de la patria
lo que portas en tes mans! —

IV

Los bons fills de Catalunya
ténen bona y mala sòrt:
ja es plantada la bandera
que'l gerimá axecá tan fort,
l'arborá ab un crit de patria
y á sos peus hi caygué mort

V

Los bons fills de Catalunya
tenen prou de què plora'...
Benehida la bandera
y la má que la plantá
y la nostra pobra patria
y son noble capitá.

FRANCESCH MATHEU

El Dr. Robert, médico

En el áspero camino de la vida, flaquearía á cada paso el ánimo si el ejemplo de los grandes elegidos no nos mostrara amorosamente la realidad del bien y el goce del esfuerzo encaminado á conseguirlo. Sólo la imitación de ese ejemplo da sabor á la vida! Por esto en los momentos de doloroso estupor que siguen á la desaparición de un varon ejemplar, cuyos talentos y cuyas virtudes le conquistaron no sólo un lugar preeminente entre los hombres de su profesión, sino,—lo que es más—un lugar escogido en el corazón de cuantos le conocieron, hay que apelar á todas las energías de la voluntad y de la razón para encontrar forma de sostener el espíritu en medio de tanta tristeza! Y la muerte en plena vida, llevándose en un instante, en un beso, las energías más lozanas, apagando en los labios la palabra elocuente, emocionada, reviste mayor majestad, conmueve más aún y causa mayor anonadamiento que cuando se aparece como el término de las tristes miseras de la enfermedad. Así fué, y es honda, hondísima la commoción afflictiva que la muerte del Doctor Robert produjo en todos los corazones catalanes.

Y si lo lloramos como político convencido y capaz de convencer y de imponer el respeto á sus ideales; si lo lloramos como maestro doctísimo que consagró á sus discípulos las más hermosas flores de su inteligencia poderosa y lo más intenso de su amor, todavía debemos llorarlo con más y más amargas lágrimas como médico!

Porque Robert era ante todo el médico y todo él era médico. Verdad que era por naturaleza capaz de dar á su alma, sin esfuerzo ni exageración, todos los modos posibles. Ejemplo vivo del hombre más humano, lucía por modo admirable el equilibrio justo, preciso de todas las actividades intelectuales y morales. Si su inteligencia asombraba por lo vasta, por la capacidad portentosa de asimilación, que le permitía no mirar como árduo asunto alguno, pues al hacérselo suyo y exponerlo le hacía perder toda dificultad, no eran ciertamente menos vigorosas las dotes de su sensibilidad, delicada y fuerte á la par, y las energías de su voluntad. Ponderación igual entre tantas potencias superiores ¡qué pocas veces se dará en la misera criatura humana! Siempre con pleno dominio de la refle-

xión y la razón, sabía lo que quería y porqué lo quería; y su camino fué recto, proseguido toda su vida, con constancia, sin vacilar, sin un tropiezo, sin una desviación. Y con todo este conjunto de energías, bastantes para imprimir relieve al alma de un hombre, y por encima de todas estas dotes, como dándoles humano perfume que atraía hacia él, la modestia, la sencillez, el desinterés, el altruismo, la caridad, que le hacían hablar sin tratar de imponerse, escuchar con respeto la opinión del más ínfimo, mirar con indiferencia, no con desprecio, todas las grandezas mundanas y entregarse en cuerpo y alma al dolorido, al triste, al enfermo del cuerpo ó del alma. ¿Cómo no habría de conquistar la veneración de todos sus convivientes si encarnaba tantas virtudes y las había consagrado por entero á la verdad, al amor, al bien?

«El amor á los hombres es el amor á nuestro arte», escribió Hipócrates. ¿De qué otro médico puede decirse con mayor justicia que del Doctor Robert que amó á su prójimo? Y esta es la condición esencial del médico.

Las dotes de inteligencia y laboriosidad, podrán hacer que, con cierta afición al estudio de las ciencias fisiológicas, cualquier hombre llegue á adquirir un caudal de conocimientos médicos, mayor ó menor según las aptitudes de cada cual y también según la época histórica en que realice sus estudios. Pero esto no bastará para hacer un médico. Sin duda un escolar aprovechado posee hoy una suma de conocimientos positivos en medicina, superior á toda la ciencia de Hipócrates, de Galeno, de Sydenham y aun de Graves. Pero aun no es médico; y en cambio si esos grandes astros del arte resucitaran hoy, mucho tendrían que aprender y muchos errores habrían de corregir; pero más de una vez, colocados en la cabecera del enfermo, en sus decisiones semi-intuitivas lucirían un criterio más fundamentalmente médico que algunos de los sabios á secas cuyos descubrimientos más nos admiran. Considérese que Robert, educado en esta que bien puede llamarse edad de oro de la Medicina, verdadero conocedor de las conquistas modernas, poseía además la inspiración artística de los grandes maestros, y se comprenderá lo que su muerte representa para los enfermos y para la profesión.



EL ENTIERRO DEL DOCTOR ROBERT.—PASO DEL CORTEJO POR EL LLANO DE LA BOQUERIA

Fotografía de la casa Rendó, objetivo Cooke

De su manera de asistir al enfermo, no hay que hablar siquiera. En Cataluña y fuera de ella era más que popular su nombre como médico cariñoso, compasivo, desinteresado. Su sola presencia era bastante para levantar el ánimo atormentado del que sufria y una palabra suya infundía esperanza. Para los deudos del enfermo, el fallo de Robert, favorable ó adverso, era poco menos que inapelable y así anunciarla la curación, como si desconfiaba del poder de la ciencia ó vaticinaba la próxima muerte, después de oírle á él, todos quedaban con el ánimo aquietado, dando pábulo á la esperanza ó apelando á la resignación, pero sin dudar de la certeza de sus juicios. Y entre los médicos ocurría lo propio, pues—y esto solo hace su elogio,—la clásica *invidia medicorum* no le alcanzó. Al contrario. Difícilmente otro médico conquistará entre los de la clase respeto igual. Y es que además de ver en él un maestro y un sabio, los médicos sentían como todo el mundo la singular fascinación que ejercía y en la cual entraba por algo su gran prestigio, pero que principalmente era un don del cielo.

No es este el lugar á propósito para estudiar al Doctor Robert como hombre de ciencia, analizar las que eran bases fundamentales de su criterio, ni enumerar y juzgar sus obras y escritos. Ni tampoco me atrevería yo á tal empresa. En este breve apunte, que sólo aspira á ser recuerdo de su gran figura médica, únicamente quiero indicar algunos de los rasgos que le daban más poderoso relieve.

Asistió á la renovación de la Medicina, y su alma, enamorada de la ciencia y que veía con creciente en-

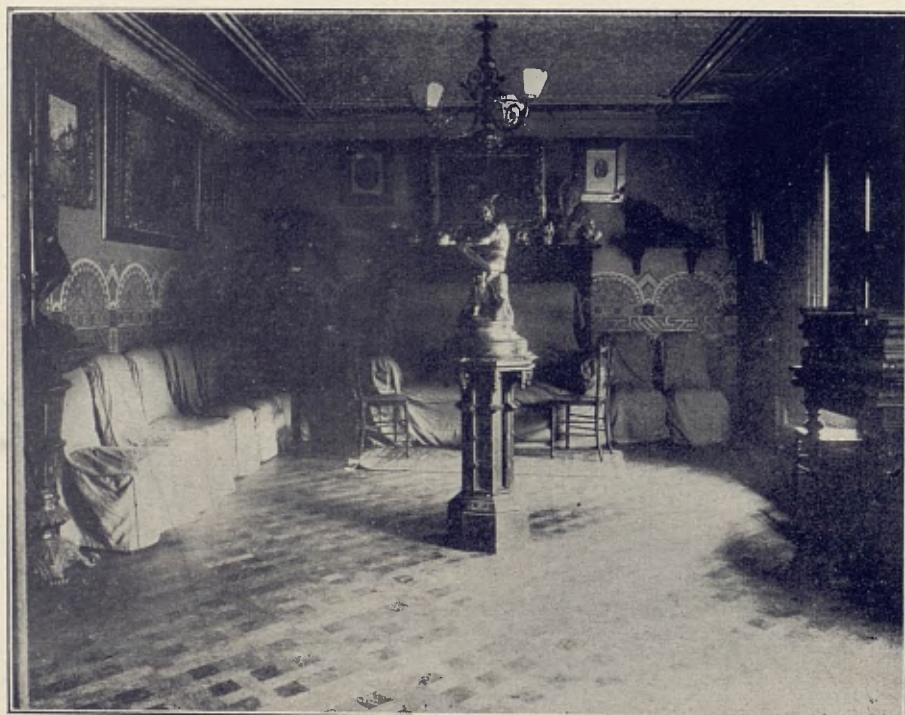
tusiasmo la conquista de cada nueva fracción de verdad, supo conservar siempre la serenidad de juicio necesaria para no entregarse con ciego apasionamiento á ninguna escuela de las muchas que, fundadas al amanecer de todo descubrimiento, trataban de llevar inmediatamente á la práctica las consecuencias de más de una teoría, que luego el tiempo y los nuevos hallazgos, demostraban falsa ó exagerada. Y era porque su ardiente amor á la verdad, la severidad lógica de su entendimiento y la sujeción de su criterio á los rigores del buen positivismo experimental, lo tenían convencido, por las enseñanzas de la historia, de la caducidad de todos los sistemas fundados en las teorías del momento. Y se atenía á las sanas enseñanzas de la observación clínica, sincera, serena y desapasionada. No fué nunca de los entusiastas de la primera hora; mas tampoco fué nunca de los rezagados por misóneistas. Supo ver siempre en el hombre todo el hombre y cuando los progresos de la ciencia aportaban un nuevo adelanto y los espíritus fácilmente sugestionables creían hallado ya el secreto de las causas de enfermar y veían seguro el remedio, él, que tenía de la ciencia concepto más alto, esperaba, y en más de una cuestión el tiempo ha justificado su templanza.

Conociendo la viveza de su sensibilidad y su entusiasmo por la ciencia, causaría extrañeza que hubiera conservado siempre esa serena severidad si no se recordara que él no veía en el enfermo un sujeto de estudio,—achaque de más de un *sabio*,— sino un semejante que sufria y al cual no se creía autorizado á someter á experimentos aventurados.

Observaba, observaba siempre, y con admirable prontitud sabía recoger los datos de su análisis, de forma que muchas veces la brillantez de su síntesis intelectiva tenía apariencias de adivinadora intuición.

Formábase claro concepto de la personalidad de su enfermo, descubría la localización ó punto de partida del mal y su resonancia sobre el total organismo, y la claridad de su visión clínica era tan grande, que cuando la expónia, servido por aquella palabra inimitable, no dejaba en el oyente la menor duda: tenía que ser verdad lo que él decía.

Y nunca habló con rigidez académica, altisonante



Salón de consultas del Doctor Robert

y vana. Su lenguaje sencillo, fluido, preciso, sonaba tan lleno de vida, de convicción sincera, que conquistaba desde luego la atención y convicción.

No veía en los procesos de enfermedad un problema con soluciones matemáticas, porque sabía que la vida es toda movimiento y que la fugacidad y la variabilidad de las reacciones orgánicas, escapan al cálculo. Sabía perfectamente que, en último análisis, los elementos esenciales de la enfermedad, como de la vida, deben ser reductibles á principios y leyes del dominio de las verdaderas ciencias naturales.* Por esto era un adorador de la ciencia y se mantuvo siempre al corriente de sus adelantos. Pero tenía también y sobre todo el sentimiento, la noción íntima de lo que, siendo propio y exclusivo de la vida, todavía no se ha dejado averiguar por la ciencia, de lo que quizás nunca alcance á analizar la inteligencia humana. Y la grandeza de su saber, unida á este sentimiento esencial, llenaba de modestia sus palabras é imprimía á sus decisiones el sello de un arte soberano, gracias al cual cuando faltaban datos positivos suficientes para formar juicio que pudiera parecer exacto, procedía como por inspiración. Esta palabra, que á muchos médicos les suena como á herejía, responde empero á una realidad. Porque la ciencia va haciéndose, siempre está *in fieri*, y, en tanto, el enfermo no puede esperar á que nuestras construcciones científicas queden terminadas: pide alivio, consuelo inmediatos. Y hay que dárselos ó no se es médico. Para serlo, hay que apelar á la impresión personal, y entonces es cuando los elegidos lucen su inspiración.

Formado su concepto con toda claridad y viendo los motivos de obrar ó la dirección que urgía emprender, deducía el doctor Robert con lógica rigorosa las indicaciones del tratamiento y entonces lucía la riqueza portentosa de su arsenal terapéutico, pues conocía como bien pocos los recursos de la farmacología y sabía utilizarlos en tales formas, que cada una de sus recetas era una obra de arte. Con igual oportunidad sabía escoger todos los medios de curar y con igual precisión juzgaba del momento preciso para apelar á los poderes de la Cirugía, cuyos progresos seguía con afán,



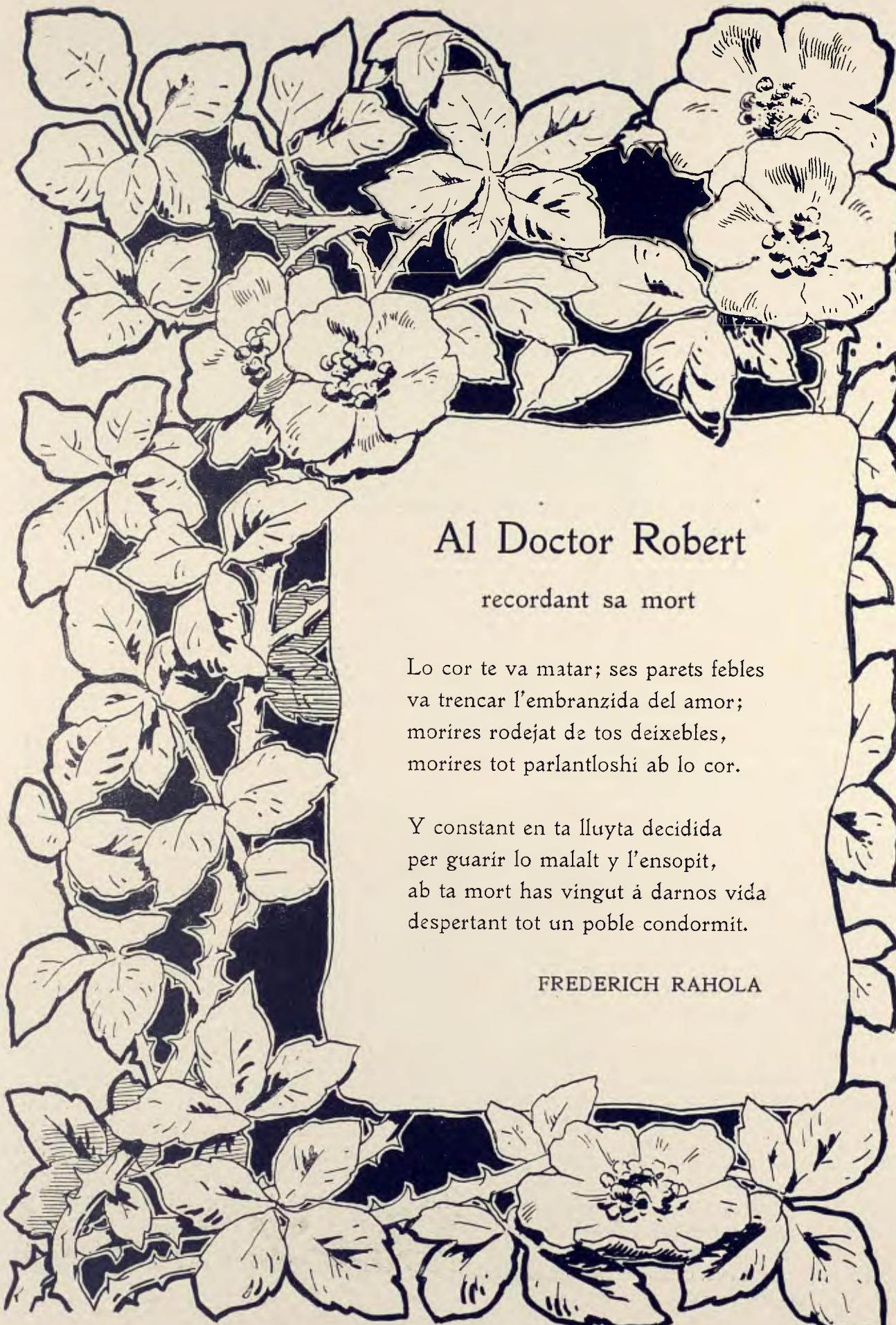
Estudio del Doctor Robert

Mas no era sólo ni principalmente en la terapéutica armada donde iba á buscar sus mejores recursos. Conocedor profundo del alma humana, sabía encontrar en cada enfermo el resorte más sensible para despertar el deseo de vivir y con él la esperanza de la curación y sosteniendo el ánimo hacia más breves los tristes días de dolor.

El Doctor Robert ha sido durante veintisiete años profesor de Clínica médica y cuantos aprendimos de sus labios los principios fundamentales de esta disciplina, no podremos olvidar lo que valía como hombre de ciencia. Mas la ciencia seguirá progresando y las nuevas adquisiciones irán perfeccionando y modificando nuestros conceptos. Lo que no deberemos olvidar nunca es el ejemplo que nos ha dejado. Ejemplo que, por lo que respecta á la ciencia, nos enseña á conservar siempre la independencia de criterio que libra de todo apasionamiento, y que sobre todo, en la esfera del arte, nos demuestra que en realidad la Medicina es un sacerdocio y que la abnegación, el sacrificio de uno mismo, el desinterés, el altruismo, habrán de ser siempre las condiciones esenciales de todo médico.

Él encarnaba las principales virtudes de nuestro pueblo. Quiera Dios que un día, andando el tiempo, cuando con el renacimiento total pueda también hablarse de una Medicina verdaderamente catalana, sea la vida del Doctor Robert la que sirva de ejemplo!

J. GÓNGORA



Al Doctor Robert

recordant sa mort

Lo cor te va matar; ses parets febles
va trencar l'embranzida del amor;
morires rodejat de tos deixebles,
morires tot parlantloshi ab lo cor.

Y constant en ta lluyta decidida
per guarir lo malalt y l'ensopit,
ab ta mort has vingut á darnos vida
despertant tot un poble condormit.

FREDERICH RAHOLA

El Doctor Robert

(ARTÍCULO BIOGRÁFICO)

DESAPARECIÓ súbitamente de entre nosotros, dejándonos sumidos en el mayor desconsuelo. La muerte le cogió por sorpresa, hiriéndole como quien dice por la espalda, mientras se hallaba en plena actividad, rodeado de sus compañeros, ó, mejor dicho, de sus discípulos, ya que aun los que no habían asistido como tales á su cátedra de Patología interna, no dejaban por eso de considerarle como el maestro indiscutible de cuyas lecciones se habían aprovechado á menudo.

Su muerte fué la del luchador que, enardecido por el combate, no pára mientes en los peligros que le rodean. Y es que el Dr. Robert, en aras de su amor al prójimo, se olvidaba de si mismo. Por uno de esos contrastes, más comunes en este mundo de lo que cree la mayoría de las gentes, el insigne hombre cuya memoria veneramos todos, defendía de la muerte á sus semejantes, exponiendo para ello la propia vida. El derroche de actividad que parecía alentarle desde los albores de su carrera, fué minando poquito á poco su naturaleza enfermiza y acabó con él.

Puede afirmarse que el Dr. Robert vivió y murió luchando... luchando encarnizadamente por el bien de su prójimo, al cual había consagrado todos sus esfuerzos.

Vivió luchando, sí. Porque ¿qué fué su vida más que una eterna lucha?

Nacido en Tampico (Méjico) el día 19 de Octubre de 1842, vino á Cataluña, su verdadera patria, cuando aun no había traspasado los albores de la infancia. Vino... y casi tan pronto como llegó empezó á luchar, y á luchar con verdadero provecho. Que lo digan sino los premios que llegó á alcanzar y las consideraciones de que le hicieron objeto sus profesores.

Todos los años, al llegar la época de recoger el fruto de sus trabajos y de sus desvelos, veíalos el estudiante Robert convertidos en una verdadera lluvia de *sobresalientes* que eran, si no la envidia, la admiración de sus compañeros. Los *premios* que alcanzó fueron seis, sin contar entre ellos el extraordinario de licenciatura, del cual se hizo acreedor en el año 1864.

Alumno interno por oposición durante sus estudios, hizo, según uno de sus biógrafos, la guardia de noche en el Hospital durante cuatro años consecutivos.

En pago de sus desvelos y de su intenso amor á la Ciencia, terminó su explendorosa carrera escolar con la codiciada nota de *sobrescidente*, ganada en buena lid en los ejercicios que practicó para la obtención del grado de Doctor.

Los que fueron sus condiscípulos, cuentan que su vida de estudiante fue ejemplar como pocas, como debe serlo la de todo hombre que aspira á ocupar un lugar eminente en cualquier rama del saber humano.

Ya concluidos sus estudios, ganó por oposición en 1870 la plaza de médico mayor del Hospital de



El Dr. Robert y su nietecito



El Dr. Robert, á los 22 años

trato con los humildes, á los cuales asistía con la mayor solicitud, desvelándose para devolverles la salud perdida, haciéndoles objeto de singular predilección.

Según cuenta un su compañero, el Doctor Suñé y Molist, saliendo en cierta ocasión de una consulta en una casa de gentes menesterosas, entablóse entre los dos el siguiente diálogo :

El Doctor Robert:—¿Les cobra usted algo por sus visitas?

El Doctor Suñé:—No... pero eso no reza con usted. Ya se yo que han hecho cuanto han podido para recojer unos cuartos con que pagarle su consulta.

— Pues dígales usted que no me obliguen á hacer el papel de la fiera de la fábula, que se lo comía todo, no guardando nada para los demás.

Y como la familia del enfermo se deshiciese en frases de agradecimiento, las rehuyó diciendo:

— ¡Ea, á cuidar al enfermo, que de mi ya no deben cuidarse ustedes más... por hoy!

En otra ocasión, saliendo de madrugada para ir á dar un paseo á caballo, encontróse á la puerta de su domicilio con una mujer, una pobre madre que iba á implorar sus servicios al Doctor, de quien le habían dicho que era el único ser capaz de arrancar de la muerte á su hijo.

Este se encontraba enfermo de gravedad en una barriada extrema. El Doctor Robert tenía que cumplir ciertos compromisos. ¿Qué hacer?

— En este momento —dijo á la buena mujer— no me es posible complacerla, pero si tengo un rato, iré á ver á su hijo.

Y se alejó de ella, dirigiéndose á la cuadra donde debía encontrar el caballo ensillado ya.

La excursión debía realizarla en compañía de un amigo. Ambos estaban ya á punto de emprenderla, cuando el Doctor, de cuya mente no se apartaba el recuerdo de aquella madre dolorida, exclamó de súbito:

— ¡Vámonos á ver al enfermo!



A los 26 años



Ejemplar del discurso leído por el Doctor Robert en el XII congreso de Medicina de Moscou en el año 1897. Oferta que le hizo el abogado don Ernesto Vilaregut.

Y al trote largo se dirigieron al domicilio que les había indicado la desventurada madre, llegando al mismo antes que ella. Y desde aquel día continuó el Doctor Robert visitando al enfermo, dejando cada día al despedirse una moneda de cinco pesetas con que sufragar los gastos de la enfermedad, pues se trataba de una familia sumamente pobre.

Hechos de esta clase abundan en la vida del Doctor Robert de una manera asombrosa. De ahí su inmensa popularidad y el gran amor que sentían por él los barceloneses todos, desde los de las clases más encopetadas hasta los de las más humildes y menesterosas, desde la aristocrática y nerviosa dama que lloró su muerte recostada en mullidos cojines hasta la sencilla mujer del pueblo á quien oímos exclamar mientras pasaba por las calles de Barcelona la imponente comitiva que fue á rendir el último tributo al cadáver del Doctor Robert: — *¡Que n'era de bo pel pobre!*

Y la mujer que decía esto, lo decía con lágrimas en los ojos... dos lágrimas ardientes, que rodaron por sus mejillas para ir á juntarse con las que enviaban á la tierra las nubes, deshechas en lluvia como en señal de duelo.

Detalles como el anterior son una excelente prueba de la popularidad de que gozaba el Doctor Robert y de la estima en que se le tenía.

Estima y popularidad que tenía bien merecidas, ya que se las había ganado en buena y noble lid, luchando día y noche, en la cátedra y en el parlamento, en su casa y en las de los demás, en la calle y en los salones de las Academias científicas, para el bien de sus semejantes.

Los cargos que ejerció son innumerables. Fue presidente de la Academia de Medicina y Cirujía durante cuatro bienios consecutivos; lo fue dos veces de la Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas; ocupó la vice-presidencia en el Congreso Médico Internacional reunido en Barcelona en 1888 con motivo de la Exposición Universal; tomó parte activa en los Congresos Médicos de Berlín, Roma, Moscou, etcétera; fue durante varios bienios vocal de la Junta provincial y de la municipal de Sanidad, viéndose obligado, en cumplimiento de su cargo, á prestar servicio durante la fiebre amarilla en 1870 y durante el cólera en 1885.

Tantos y tan señalados servicios prestó en dichas ocasiones, que fue recompensado por el Gobierno con la Cruz de Carlos III y por el Ayuntamiento con honríficos diplomas y medallas.

De la gestión política del Doctor Robert, no hemos de hablar aquí, por cuanto la autorizada pluma del docto catedrático de esta Escuela de Arquitectura, don Luis Doménech y Montaner, ya

lo hace por nosotros en otro lugar de este número.

Sin embargo no debemos dejar de señalar la entrada del Doctor Robert en la Alcaldía, ni la campaña de moralización emprendida por él desde el sillón presidencial de nuestro Ayuntamiento, ni su salida triunfal del Consistorio, motivada por haber prestado su auxilio á nuestros industriales, cuyos derechos se veían en peligro por las concupiscencias del fisco.

La bandera de regeneración que había desplegado desde la presidencia del Municipio, fue la misma que empuñó en la memorable campaña en favor del Concierto Económico, durante la cual tanto y con tanto fruto



Páginas del discurso de Moscou.



A los 30 años



Company, fot. - Madrid
Último retrato del Dr. Robert



Casa-torre del Dr. Robert, en Sitges

tes si se tiene en cuenta que las lanzaban hombres curtidos. Sí, aquellos hombres lloraron... lloraron como lloró Barcelona á la mañana siguiente, mientras corría de boca en boca la triste noticia... como lloró Cataluña, como lloró España entera y como lloramos nosotros al emborrancar las cuartillas en que intentamos evocar la memoria del ilustre hombre público, del médico eminente, del ciudadano de acrisolada honra y de intachable conducta.

¡Dios le haya acogido en su seno!

* * *

BIBLIOGRAFÍA :

Entre las producciones dadas á luz por el Doctor Robert, se encuentran las siguientes, cuyo número dista mucho de ser completo:

Programa razonado de Patología interna. Volumen de 400 páginas. 1876.
 Traducción y prólogo de la obra *Patología celular*, de Rudolf Virchow. 1878.
 (En colaboración con el Doctor Giner.)

Enfermedades del aparato digestivo. Volumen de 581 páginas. 1889. (En colaboración con el Doctor don Emerenciano Roig y Bofill.)

Patología médica. Apuntes de las lecciones dadas por el Doctor don Bartolomé Robert y don E. Cardoner y revisadas por aquel profesor. Dos ediciones. 1894 y 1899.

En forma de folleto ó bien en revistas científicas, publicó también el Doctor Robert innumerables obras, así como notables prólogos, etc.

Véase la siguiente lista:

Zona, tratamiento antineurálgico; curación. (Independencia médica) 1876.
Prólogo al «Tratado de Patología Interna» del Doctor C. F. Kunce. 1877.
Prólogo á la edición española de la obra «Manual de Patología Interna» de G. Dieulafoy.
Tratamiento antipirético, sus indicaciones y contra-indicaciones. Trabajo presentado al Congreso Médico de 1888.
La Medicina de hoy. (Revista de Ciencias Médicas). 1893.
*Bradycardia, * Revista de Ciencias médicas *, 1894.*
Patogenia y tratamiento de los delirios neumónicos, comunicación al Congreso de Medicina de Roma, 1894.
Congreso internacional de Roma, «Revista de Ciencias médicas» 1894.
Curso de Clínica general del Doctor Letamendi. Revista citada, 1894.
La Grippe actual. Revista citada 1895.
Pasteur. Revista citada. El mismo año.
La Hiposistolia y su tratamiento, revista citada, 1896.
Sobre Seriterapia, revista citada, 1896.
Sobre la enfermedad de Arausa, revista citada, 1896.
Aneurismas de la aorta, Dificultades del diagnóstico, revista citada, 1897.
José de Letamendi, Necrología, revista citada. El mismo año.
Característica de la Patología humana en sus relaciones con la Terapéutica, discurso del Congreso de Moscou, 1897.
Congreso de Moscou, 1897.
La peste bubónica, folleto, 1897.

trabajaron él y los demás presidentes de las sociedades económicas más prestigiosas de Barcelona.

De las campañas del Doctor Robert en el Congreso no hay que decir una sola palabra. Ahí está su compañero de Diputación, el meritado señor Doménech, para hacerlo con mayor autoridad que nadie. Juntos batallaron, juntos lucharon á brazo partido contra las preocupaciones y malquerencias de los unos y contra la mala fe y la estupidez de los otros.

El sentimiento que ha experimentado Cataluña por la muerte del ilustre patrício ha sido dolorosísimo. El que han experimentado los que fueron sus compañeros ha sido aterrador.

Los de profesión que en la noche de su muerte se encontraban con él en los salones de la casa Pince, al verle caer desfallecido, sin fuerzas para continuar el brindis que pronunciaba con el aplauso de todos, rompieron en llanto y en lamentaciones, doblemente emocionados, acostumbrados á batirse cara á cara con la muerte.

Sí, aquellos hombres lloraron... lloraron como lloró Barcelona á la mañana siguiente, mientras corría de boca en boca la triste noticia... como lloró Cataluña, como lloró España entera y como lloramos nosotros al emborrancar las cuartillas en que intentamos evocar la memoria del ilustre hombre público, del médico eminente, del ciudadano de acrisolada honra y de intachable conducta.

* * *

Apendicitis, Revista de Ciencias Médicas, 1898.

Jaiñe Pi y Suñer, recuerdo necrológico leído en la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona, 1898.

Relaciones de la Patología mental con los Tribunales de Justicia. Conferencias dadas en la Universidad, folleto, 1898.

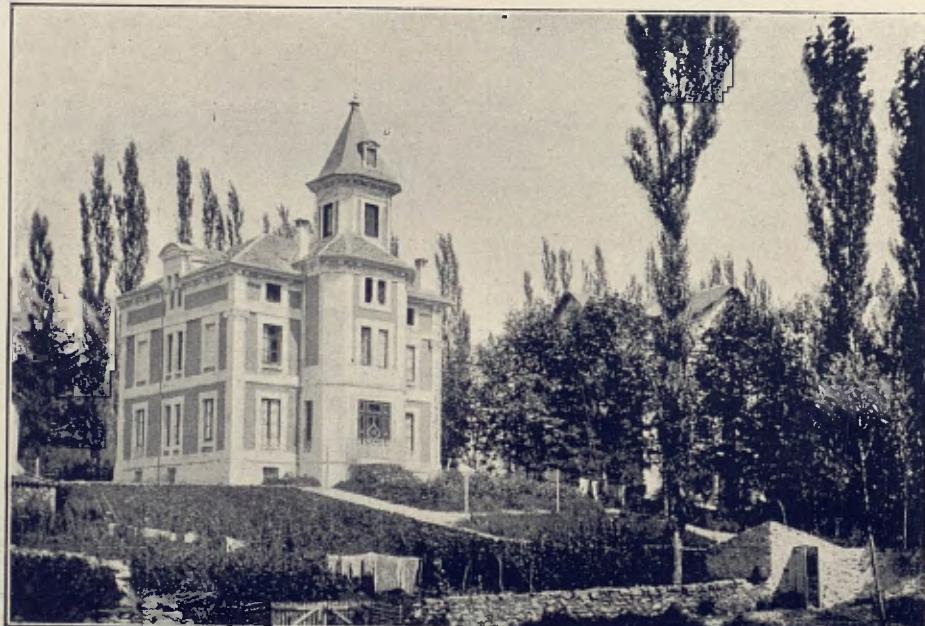
El Oportunismo es terapéutica. Revista de Ciencias Médicas, 1899.

Infecciones agudas recidivantes. Revista citada, 1900.

Discurso de contestación al Doctor don Manuel Ríbas y Perdigó.

Discurso leído en la «Solemne sesión pública que la R. A. de Medicina de Barcelona» celebró para honrar la memoria del Doctor don Francisco Salvá y Campillo, en 1901.

Y un sinnúmero de trabajos de distinto carácter cuyos títulos es materialmente imposible agrupar, y entre los que deben recordarse las conferencias dadas en la Academia «El Laboratorio» sobre el tratamiento de la dispepsia; los discursos pronunciados en el Ateneo sobre el «Hipnotismo», sobre «La Antropología y la Historia» y sobre «La célula social», etc., etc., etc.



Casa-torre del Dr. Robert, en Camprodón

POR ESOS TEATROS

Incidente cómico. — «Las flors del desert», drama de D Jaime Brossa, estrenado en Romea. — La compañía francesa del Principal. — Los demás teatros.

Después de un invierno de relativa calma, parece que la primavera haya sacudido la modorra á la gente de teatro. Durante la quincena que acaba de transcurrir no ha habido teatro en que no ocurriera algo de que poder hablar en una crónica de espectáculos.

Hasta ha habido su miajita de incidente cómico. El tenor Ibos, comprometido para cantar varias funciones en el Liceo, se ha ido con la música á otra parte, dejando con un palmo de narices á nuestros bonachones burgueses, entre los cuales no ha dejado aun de rendirse culto al dios tenor, á pesar de los esfuerzos de los wagnerianos para desterrar semejante adoración, que consideran perjudicial al arte... y que verdaderamente lo es.

Sin embargo la huída no ha tenido consecuencias más que para el bolsillo del empresario, pues, descontando las buenas entradas que el tenor le hubiera proporcionado, tenía ya desembolsados algunos centenares de pesetas que han volado con el cantante. Eso sin contar las que deben haberle costado los remitidos que ha hecho insertar en los periódicos narrando la partida serrana que le había jugado el *voluble* artista.

¡ Todo sea por el arte !

De todos modos, la temporada en el Liceo ha concluido bien, habiéndose ganado muchos aplausos el tenor Palet, en quien ha tenido el público ocasión de apreciar visibles adelantos.

La compañía que, dirigida por el primer actor don Enrique Borrás, actúa en el teatro Romea, ha estrenado recientemente un drama en tres actos, original de don Jaime Brossa y cuyo título es «Las flors del desert».

A pesar de los antecedentes del autor, *afiliado al modernismo militante*, el drama estrenado en el teatro de la calle del Hospital pertenece al antiguo régimen, debatiéndose en él un problema de honor ya tratado por muchos autores catalanes y con singular acierto por algunos de ellos.

Trátase del eterno galán que seduce á una doncella de condición humilde y la abandona para casar con una joven de elevada posición, la cual, á su vez, enterada de la vida pasada de su pretendiente, rehusa darle la mano de esposa.

El único mérito de la obra es el de estar desarrollada con cierta sobriedad, no desprovista con todo de algún que otro exceso de lirismo. Por lo demás, los caracteres resultan abocetados, sin gran relieve ni mayor consistencia, lo cual contribuyó no poco á que la interpretación resultase pálida y monótona por parte de todos los artistas. La obra no daba más de sí.

Los actores señores Larra y Balaguer se despidieron noches atrás del público del principal, cediendo el sitio á una compañía francesa de declamación que debutó en dicho teatro á los pocos días, poniendo en escena la obra de Dumas «L'ami des femmes», en cuya interpretación dieron prueba todos los artistas de que estaban perfectamente poseídos de sus respectivos papeles.

Sin embargo, ni en aquella producción ni en las que representaron después, tuvimos ocasión de apreciar cualidades excepcionales en ninguno de los elementos que constituyen la compañía, disgregados de las más notables de París.

De todos modos, las veladas que nos han proporcionado aquellos artistas han sido del todo agradables y muy especialmente para las familias de la colonia francesa que alberga Barcelona, la mayoría de las cuales acudieron á aplaudir el arte de sus compatriotas.

El Tívoli ha continuado durante la quincena con su compañía de zarzuela grande, habiendo efectuado la *reprise* de «Don Lucas del Cigarral», que, como siempre, fue recibida con nutridos aplausos del público.

En el Eldorado no ha habido otras novedades que los estrenos de «La Venta Eritaña» y de «Los nenes». El libro de la primera no ofrece gran novedad, lo cual se perdonará sin esfuerzo gracias á algunos números de música verdaderamente hermosos. La segunda no tiene importancia mayor bajo ningún concepto.

Los demás teatros, exceptuando el de la Granvía, en que se han estrenado algunas obritas valencianas, han continuado como estaban.

UN ESPECTADOR

HOJEANDO LIBROS

«En Miseria» Poema de Apeles Mestres. — «Florescencia». Col·lecció d'ensaigs literaris d'Ortensi Güell.

Tenemos sobre la mesa un montón de libros... De todos debemos decir algo en las páginas de esta revista, pero el espacio nos falta.

Esperando tenerlo suficiente para dedicar á todos la debida atención, nos contentamos por hoy con formular juicio respecto á dos de ellos: «En Miseria», poema catalán de Apeles Mestres y «Florescencia», colección de trabajos del malogrado Hortensio Güell, publicados por el padre del autor.

Ambos libros son interesantes. En el primero, Apeles Mestres nos presenta un hermoso cuadro de carácter medieval, cantando en correctos y harmónicos versos un asunto originalísimo. La pulcritud y el esmero con que están construidas las estrofas, la naturalidad en la narración, el suave perfume popular de la mayoría de los versos y el pensamiento filosófico que encierra el poema, hacen de este una joya de inestimable valor.

El libro «Florescencia», apesar de contener solamente trabajos en prosa, resulta también el libro de un poeta... De un poeta desequilibrado si se quiere, pero poeta al fin. Hojeando aquellas páginas, no puede menos el lector que lamentar la prematura muerte del que las escribiera, cuyo temperamento artístico había hecho concebir á todos los que le conocieron muy halagüeñas esperanzas.

Felicitamos cordialmente al padre del autor por la publicación de tan interesante volumen.

HERMENEGILDO MIRALLES

59 - BAILÉN - 70

BARCELONA



HISPANIA. — LITERATURA Y ARTE. CRÓNICAS QUINCENALES.

PANORAMA NACIONAL, 2 tomos con 640 vistas de España y Colonias.

ATLAS GEOGRÁFICO, con 58 mapas en colores.

Á LOS TOROS. Álbum por PEREA, con 28 acuarelas.



LITOGRAFÍA

MONTADA CON TODOS LOS ADELANTOS MODERNOS



RELIEVES. Trabajos en relieve para fábricas de tabacos, etc.

ENCUADERNACIONES industriales y artísticas

JUGUETES recortados para fábricas de chocolate, etc.

IMÁGENES de todas clases.



AZULEJOS CARTÓN PIEDRA

PODEROSO ELEMENTO PARA LA DECORACIÓN INTERIOR

PÍDASE CATÁLOGO